
LA TEORÍA LITERARIA, UNA RAMA DE LA CIENCIA FICCIÓN

Michel Nieva
New York University
michelnieva@gmail.com

Recibido: 03/11/2023
Aceptado: 27/11/2023

De los variados motivos por los que una persona en el preámbulo de su adultez elige una carrera universitaria (salida laboral probable y acaso bien remunerada, facilidad para sus preceptos elementales o incluso cercanía del edificio donde se cursa) el mío fue uno de los menos pragmáticos posibles: una frase célebre de Borges. Cuando leí o escuché que “la metafísica es una rama de la literatura fantástica”, ya intentaba escribir ficción, y frente al presunto rumor de que la carrera de Letras dilapidaba la creación literaria, me incliné por su prima segunda, la Filosofía. Razoné que podía leer la literatura canónica de manera autodidacta, mientras que los arduos mecanismos cerebrales de Kant o de Husserl (y aún de una manera más interesante leídos como novelas de género) requerían un entrenamiento adicional. Tras las telenovelas familiares que desató esta impráctica elección (que concluyeron en una primeriza independencia económica trabajando de telemarketer), mi primer desengaño institucional fueron los presupuestos que subyacían a casi todas las materias de esta carrera. Por un lado, que los textos eran menos artefactos de lectura que la excusa de un insólito juego de ingenio con palitos y consonantes ($PV\neg P$) al estilo del sudoku o la claringrilla. Por otro, que una tradición de pensamiento era menos una red de corrientes estéticas y políticas en debate que una rigurosa línea cronológica, que solo se entendía de manera enciclopédica y acumulativa y que debía reconstruirse no en las fuentes originales sino a través de papers y cuadros sinópticos. Por alguna razón que hoy me resulta incomprensible no abandoné la carrera pero gradualmente empecé a rendir todas las materias libre, mientras me conectaba por lecturas afines con alguna gente del mundo de Letras, y fue en el año 2014, cuando me faltaba un curso electivo para recibirme, que tomé Teoría Literaria. El principal motivo que me animó era que sabía que el práctico lo enseñaba Fernando Bogado, una persona a quien además de admirar como crítico y lector era mi amigo de los antros en donde se recitaban y vendían fanzines de espurio origen. Bogado fue uno de los profesores más lúcidos y brillantes que tuve, no sólo porque



explicaba argumentos filosóficos por su propia formulación opacos e intrincados en un lenguaje accesible y didáctico sin rebajar ni un ápice su complejidad, sino porque animaba a sus estudiantes a empuñar las armas de la crítica como una tarea arriesgada y creativa. Además del lujo que fue volver a Borges y a Kafka bajo su tutela, en esta cátedra encontré una comunidad de personas con intereses afines que modelaron algunas de mis perspectivas como lector y escritor, que conservo en una colección de sentencias al estilo del viejo Viscacha. De Adorno, que la verdad del presente no puede entenderse mediante el lenguaje del presente. De Derrida, que no nos bañamos dos veces en un mismo texto, y por eso el acto de leer es tan creativo como el de escribir. De Tinianov, la distorsión oblicua de tío a sobrino como la estructura elemental del parentesco literario.

Pocos años después, terapia mediante, me reconcilé con la idea de alinear mis horizontes laborales a la carrera que acababa de terminar y decidí postularme a una beca doctoral del Conicet. En el interín de preparar el tema, me topé con *Un desierto para la nación*, libro que para mi ingrata sorpresa desarrollaba el tema que yo quería estudiar pero de una manera mucho más compleja y brillante de lo que se me podría haber imaginado. De este descubrimiento decidí contactar a su autor. Como no tenía forma de contactarlo directamente resultó una tarea más complicada de lo esperado, ya que Eterna Cadencia, por la comprensible política de preservar la intimidad de sus autores, me negó el correo en reiteradas oportunidades, hasta que se me ocurrió hacerme pasar por periodista de una revista inexistente para que me facilitaran esta información. Tras franquear este muro de hierro, me sorprendió en oposición la infinita generosidad de Fermín Rodríguez, que accedió a reunirse conmigo y a ayudarme a armar un proyecto de tesis sin conocerme. En el año 2018, luego de empezar la beca doctoral del Conicet, ingresé como asistente a la cátedra de Teoría bajo su tutela. De Fermín primero aprendí, frente a los soporíferos y acartonados protocolos del paper que regían el mundo de la Filosofía Antigua del que venía, y que velan en una jerga para entendidos la falta absoluta de ideas, que la teoría es también escritura creativa, y que la retórica no es un mero adorno sino una máquina que multiplica y afila conceptos e ideas. También, que la crítica no es una jerigonza para especialistas desconectada de la realidad, sino que solo tiene sentido si permite entender y analizar la mayor contemporaneidad del presente. Por otro lado, cuatro años después de mi experiencia como estudiante de grado, también experimenté la actualización de la currícula de acuerdo a cambios de época, como la introducción de teoría feminista y de literatura escrita después de 1945.

Para finalizar, diría que hoy en día la teoría literaria recobra mayor actualidad y vigencia que nunca frente a los modelos de lenguaje manufacturados por Silicon Valley. Estos sistemas, como Bard o ChatGPT, mediante análisis estadístico de una cantidad masiva de información, son capaces de identificar patrones lingüísticos que luego recombinan y regurgitan en párrafos reciclados. Así, hay quien ha dicho que mientras “inteligencia artificial” es una etiqueta de branding publicitario, el término que mejor describiría su propiedad funcional sería la “estadística aplicada” sobre millones de textos. Es decir, que estos modelos son capaces de escribir, pero no de leer, puesto que la escritura emana de un análisis cuantitativo y estadístico. Así, en una época en la que el capital no sabe o no le interesa leer, sino que procesa la totalidad de la vida en términos de información algorítmica, la teoría literaria (o la lectura crítica) es una estrategia política de interpretación que permite abordar la realidad más allá de la mera computación de datos.

MICHEL NIEVA estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y actualmente es becario doctoral de la Universidad de Nueva York. Es escritor, autor de relatos de ciencia ficción, su primera novela fue *¿Sueñan los gauchoides con ñandúes eléctricos?*, publicada en el 2013. Obtuvo el premio O. Henry de Ficción Corta en 2022. Su última novela es *La infancia del mundo* (2023).